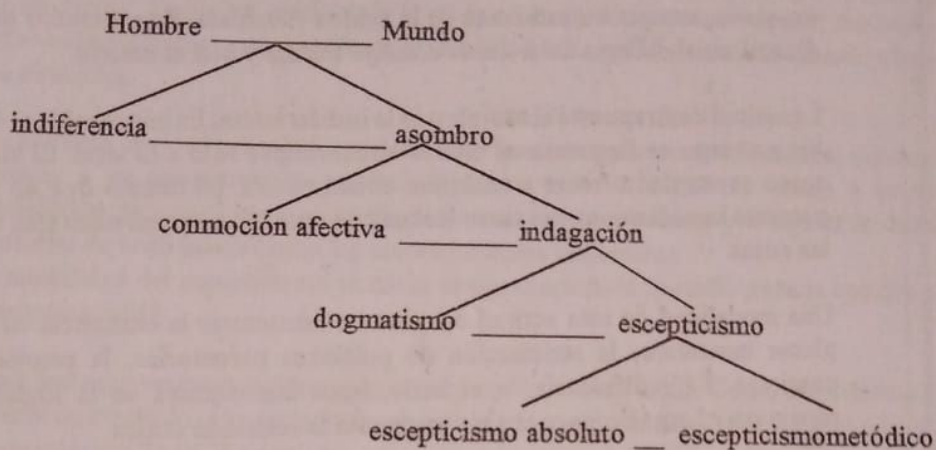


Profundizando en las fuentes de la actitud filosófica



Este esquema recoge posibles posturas del hombre en vínculo con el mundo, entendido como el complejo ámbito de la naturaleza, los productos culturales, los otros hombres, como también los proyectos concebidos por el propio hombre, sus fantasías, los valores, sus utopías...

El intento es dilucidar qué actitudes son fértiles en relación a la conciencia filosófica y cuáles en cambio bloquean esta modalidad de reflexión.

Es necesario tener en cuenta que en tanto esquema, la propuesta simplifica la complejidad de la realidad. Por ejemplo, sólo se indican posibilidades extremas y sin embargo es claro que caben multiplicidad de matices. Por otra parte el proceso no es lineal como puede sugerir el diagrama. Por el contrario se dan vaivenes constantes, interacciones y retroacciones que dan cuenta del carácter indefinido y abierto del proceso.

"(...) muy propio del filósofo es el asombro como estado del alma. Porque la filosofía no conoce otro origen que este". Platón, Teeteto, o de la ciencia, 155,d.

"(...) ya que entonces {los primeros filósofos} como ahora fue la admiración lo que inicialmente empujó a los hombres a filosofar. (...) Buscar una explicación de las cosas y admirarse de ellas es reconocer que se las ignora; por esta razón el filósofo es un hombre aficionado a los mitos, porque el mito se construye sobre asuntos maravillosos"
(Aristóteles, Metafísica, cap 2.982a/983a)

*AFECTO: del latín "afficere", "poner en una cierta disposición buena o mala". Sinónimo receptividad.

*DOGMA: del griego "dokei", parecer, decisión, decreto, doctrina fija.

*ESCEPTICO: del griego "skeptikós": "que observa sin afirmar"

Los autores destacan la significación filosófica de la capacidad de inquietarse frente a los acontecimientos, de vivenciar un cierto desasosiego, de re-vivir la percepción como si el espectáculo, aún de lo cotidiano, se presentara por primera vez. Sólo a partir del asombro se dispara cualquier esfuerzo de re-flexión. El asombro se nos manifiesta como condición necesaria, aunque no suficiente de la actitud filosófica. Es generador de interrogantes que dinamizan el diálogo del hombre consigo mismo y con el mundo.

La actitud contrapuesta al asombro es la indiferencia. Es improbable el desinterés absoluto. Sin embargo es frecuente un interés circunscripto sólo a lo vital. El individuo permanece como anestesiado frente a cualquier circunstancia del mundo que no ponga en juego su presente inmediato, es por tanto incapaz de maravillarse e involucrarse en profundidad con las cosas.

Una modalidad de esta actitud consiste en estructurar la existencia en la persecución del placer inmediato, la satisfacción de pulsiones perentorias, la respuesta a preferencias pasajeras. La indiferencia, o el hedonismo inmediatista en la lógica del consumismo restringen el espacio para el auto examen o la reflexión crítica.

El asombro como impulso inicial frente a acontecimientos desconocidos, sorprendentes o inciertos, puede desembocar en fuerte conmoción afectiva. Puede tomar la forma de temor, estupor o veneración. Este estado emocional que compromete todo el ser del hombre, estructura de una manera peculiar su relación con los acontecimientos y puede generar una riquísima producción artística o religiosa.

En cambio, la indagación supone una actitud diferente. Se nutre de en lo afectivo pero implica además intención de aprehender conceptualmente los fenómenos, de comprenderlos. La conciencia asombrada deviene en conciencia que interroga y la interrogante se organiza en un problema a dilucidar. A partir de ahí surgirán hipótesis más o menos plausibles. El sujeto se dinamiza, sondea el objeto de su interés, interactúa con él. El proceso de indagación pone en juego las tres dimensiones en que el hombre se mueve y que caracterizan su praxis: dimensión cognoscitiva, práctica y axiológica. Es decir el hombre como un ser capaz de conocer, transformar y valorar. Y estas tres posibilidades se involucran entre sí al punto de no tener autonomía.

La indagación tendrá como resultado alguna respuesta a las interrogantes que ha generado el asombro. Si el hombre toma estas respuestas como definitivas e inapelables, si las maneja como supuestos rígidos de su conocimiento y su acción en el mundo, incurre en lo que filosóficamente se denomina actitud dogmática.

El dogmatismo es una postura anti-filosófica por excelencia. Pues si supongo que estoy en posesión de la verdad se vuelve estéril toda indagación. Sin embargo, es necesario reconocer que el dogmatismo no es extraño a la historia del pensamiento filosófico. Muchos filósofos si bien parten de una reflexión crítica y revulsiva respecto a otros pensadores, terminan por plantear su alternativa como la verdad última. Es decir, a veces en forma inadvertida el filósofo resulta traicionando el camino que él mismo ha emprendido.

Al dogmatismo se contraponen el escepticismo, como aplicación rigurosa de la duda crítica. No en el sentido desviado que el término ha tomado hoy en el lenguaje vulgar, como "un no creer en nada". Desde su etimología la postura escéptica supone escrutar las verdades, hacerse cuestión de las cosas, problematizarlas allí donde otros creen haber llegado a hacerlas incuestionables.

La conciencia de los límites del conocimiento humano y sus contradicciones, conduce, en ocasiones a un escepticismo radical. En este caso, el sujeto se limita a marcar la imposibilidad de que el hombre pueda alcanzar cualquier certeza y a indicar la duda y la suspensión de todo juicio como las únicas posturas coherentes.

Esta modalidad del escepticismo también es negadora de la filosofía pues la concibe como una empresa inútil.

Hay sin embargo un escepticismo que es inseparable de la filosofía. Como dice Martha López Gil "es el que trata de resguardarla suprimiendo todo acabamiento, toda palabra última, toda fundamentación final". Es casi una exigencia ética para el filósofo aplicar su mirada lúcida, haciendo uso de la duda como un método orientado a destruir y reconstruir la argumentación. En este sentido, la seguridad, la comodidad intelectual no son compañeras de la filosofía. La conciencia filosófica es corrosiva, vive en desasosiego, en conflicto consigo misma.

ACTIVIDAD

CICERON, "Cuestiones Tusculanas, libro V, caps. 7 a 11.

" (...) todos los que ponían sus afanes en la contemplación de las cosas eran considerados y llamados sabios, y este su nombre duró hasta el tiempo de Pitágoras, quien como escribe un oyente de Platón, el pónico Heráclides, varón docto entre los que más, refieren que estuvo en Fliunte y con León, príncipe de fliasios, trató docta y discretamente algunas cuestiones; y como León se hubiera quedado admirado de su talento y elocuencia, le preguntó de que arte hacía principalmente profesión; a lo que Pitágoras respondió que, arte, el no sabía ninguno, sino que era filósofo.

Admirado León de la novedad del nombre, le preguntó quiénes eran, pues, los filósofos y que diferencia había entre ellos y los demás; y Pitágoras respondió que le parecían cosa semejante la vida del hombre y la feria que se celebraba con toda la pompa de los juegos ante el concurso de la Grecia entera; pues igual que allí unos aspiraban con la destreza de sus cuerpos a la gloria y nombre de una corona, otros eran atraídos por el lucro y el deseo de comprar y vender, pero había una clase, y precisamente la formada en mayor proporción de hombres libres, que no buscaba ni el aplauso, ni el lucro, sino que acudían por ver y observaban con afán lo que se hacía y de qué modo, también nosotros, como para concurrir a una feria desde una ciudad, así habríamos partido para esta vida desde otra vida y naturaleza, los unos para servir a la gloria, los otros al dinero, habiendo unos pocos que, teniendo todo lo demás por nada, consideraban con afán la naturaleza de las cosas, los cuales se llamaban afanosos de sabiduría, esto es, filósofos."